

SIMBOLO DE UNA EPOCA

● Joseph Roth: HOTEL SAVOY.
Seix Barral, Barcelona, 1971, 156
pp. (trad.: Feliú Formosa).

JOSEPH Roth atina a descubrir el mundo en que vive en una situación casi alegórica, cuando un joven judío de Viena, arrastrado por la marea humana de los repatriados, detiene algún tiempo su peregrinaje en un hotel que viene a ser precisamente el mundo. En sus siete pisos se reconocen en efecto siete "status"; recalar en el sexto es así para el protagonista sentirse al menos superior a los del séptimo. Todos resultan igualmente sometidos sin embargo a un dueño invisible que deja esquelas amenazantes en las mesas de luz de los morosos. El viajero contempla esa humanidad recluida con una curiosidad que se matiza a veces de compasión, pero esa propensión amorosa no se libera a tiempo, se le empoza y se pudre, tanto ante el humilde amor de la bailarina del séptimo que sueña con París, como ante la amistad exultante de un compañero de armas y de habitación. La llegada desbordante de los huelguistas y el incendio del hotel, parecen prefigurar la destrucción de una Europa podrida. No por casualidad, la última palabra del libro es un esperanzado "América".

El personaje protagónico se debate en un desdoblamiento que es seguramente el del autor, judío nacido en 1894 y suicidado en 1939. Por una parte es una molécula arrastrada en un alud, sufre su destino, la guerra, la paz, igualmente absurda y violenta y una repatriación que él no ha elegido. Por otra parte es el testigo lúcido, que mira y se mira vivir con desapego, un desapego que no es sino una necesidad de defenderse para no morir de desesperación. Esa misma frialdad aparente le permite una cálida actitud de disector, valga la paradoja: con frases cortas y objetivas, a través de diálogos frecuentes, define actitudes y conductas, las crueldades voluntarias o involuntarias de nuestros semejantes, sus miserias, sus motivaciones inconfesadas, su egoísmo chiquito. El rasgo es casi siempre sumario: en esto la novela acusa su edad. Y sin embargo nos deja la viva impresión de que, si bien la humanidad se ha visto obligada a volverse egoísta, fundamentalmente no lo es. Sobrenadan por todas partes atisbos de ternura, de abnegación, que son casi siempre aplastados por las alienantes necesidades de la supervivencia en un mundo dominado por el dinero. Ofrece así en los pisos bajos ejemplares significativos: el explotador, en el elusivo dueño del hotel: un rico egoísta que sabe llorar oportunas miserias: otro que viene, ve y se va con estudiada prudencia: ejemplares que contrastan con un pueblo de repatriados o huelguistas, masa nada anónima, pueblo de fuerte personalidad y que parece por momentos lograr sus objetivos.

La novela, pese a sus treinta y cinco años, ilustra con relativa lozanía la desgarrada experiencia de una Europa que veía convertirse en trapos sucios sus sueños de justicia. Sigue siendo elogiable la expresiva concisión con que está escrita: y hasta con poesía, desde que, ateniéndose a lo que pudiera parecer mero relato testimonial, abarca mucho más, como si aquel momento fuera todos los momentos, al menos según pudo percibirlo quien no encontrara otra solución que el suicidio.

WASHINGTON LOCKHART